

dado al edificio llegar con toda seguridad á su postrer término.

Nadie dudará que tomasen en serio sus esfuerzos. Quien haya estudiado el neoplatonismo, principalmente á Plotino, convendrá con nosotros si afirmamos que representan el esfuerzo más gigantesco que hizo jamás el espíritu humano. Si los resultados no han correspondido á sus esperanzas, necesario es buscar entonces la falta en sus mismas hipótesis, pues, desde el punto de vista humano y natural, los medios empleados no podrían verse sobrepujados en punto á grandeza. Pues bien, tales medios son exclusivamente, no naturales,—y lo decimos así con intención—sino humanos.

Para darnos de ello cuenta, no debemos dejarnos engañar por ciertas expresiones que parecen tener sentido religioso. Ó bien hállanse empleadas únicamente porque el lenguaje usual del pueblo muéstrase acá y allá accidentalmente en esos trabajos, ó bien no tienen todo el alcance que nosotros, los cristianos, les damos.

No hay duda que es agradable oír á Epicteto decirnos que aun la filosofía debe ser religiosa, y que no puede estudiársela sin la divina asistencia, ⁽¹⁾ ó bien llamar—acaso haciéndose el eco de Filón—⁽²⁾ al sabio un servidor, un profeta, un sacerdote de Dios. ⁽³⁾ Mas el mismo filósofo hácenos ver al mismo tiempo por eso mismo la idea que tiene respecto al poder del hombre. Levántalo casi hasta la idolatría personal, no vacilando en afirmar que no es el hombre quien habla por su boca, y que quien no le obedece se atrae la venganza de Dios. ⁽⁴⁾

(1) Epictet., 3, 21, 11 y sig.; 22, 2, 53.

(2) Philo, *De gigant.*, 13 (Mangey, I, 271; Richter, II, 62).

(3) Epictet., 3, 22, 23; 4, 8, 30.

(4) Epictet., 3, 1, 36. Pretendióse poner en paralelo con esto á S. Luc., X, 16. Mas aquí no es un hombre quien habla de sí; es el Salvador mismo que dice á sus discípulos que quien desprecia la misión que les confió no los desprecia á ellos personalmente, sino á él mismo, y que, por el contrario, aquel que acepta su doctrina cuando es predicada por ellos, no escucha á los hombres, sino á Dios. Es igualmente el sentir de San Pablo, II Cor., V, 20. Cf. Act. Ap., V, 39.

Es perfectamente natural. Dar al hombre un fundamento que no es otra cosa sino él mismo, ¿no es convertirle en autócrata, hasta en Dios?

Dado el convencimiento de que el espíritu inteligente en el hombre es, si no Dios mismo, por lo menos un destello de Dios, ⁽¹⁾ ó un ser superior que á él descendió, un demonio, ⁽²⁾ esos filósofos hacen inauditos esfuerzos, casi diabólicos pudiera decirse, para elevarse sobre cuanto es terrestre y humano, más arriba de todos los límites en los cuales hállase encerrada nuestra naturaleza.

Nada paréceles imposible á los neoplatónicos, á Plotino y á Yámblico. Llenos de confianza en sus propias fuerzas, pretenden elevarse sobre todo lo creado, sobre todo lo visible, sobre todo lo espiritual, sobre todo lo existente, sobre cuanto es dado imaginar, en una palabra, elevarse hacia Dios, aun sobre Dios, hasta el ser universal, primitivo. Su deseo está, no solamente en descubrir y contemplar más allá de lo bueno y de lo malo, como dice Nietzsche, sino más allá del pensamiento y de la existencia, ⁽³⁾ el Ser puro, el Ser primitivo, sin forma y sin realidad; pretenden abrazarlo, y aun apropiárselo, hasta tal grado, que se sumergen en él, con él se identifican, ó, mejor dicho, para expresar con más exactitud su pensamiento, que sea él quien con ellos se identifica. ⁽⁴⁾

6. Subjetivismo de la mística natural.—Tal error explica fácilmente todas las demás aberraciones en las cuales ordinariamente cae esa especulación filosófico-mística, cuando, por principio, opónese á lo sobrenatural, y se limita exclusivamente á lo que se llama puramente natural y humano.

Primeramente aparece naturalmente afectada de un subjetivismo igualmente inmenso en extensión y en pro-

(1) Marc. Aurel., 12, 26. Plotin., *Enn.*, 5, 1, 10.

(2) Plutarch., *Gen. socrat.*, 22.

(3) Το ἐπέχειν νόον καὶ ἐπέχειν οὐσίαν: Plotin., *Enn.*, 5, 1, 8; τὸ ἐπέχειν ἄνθρωπον: 5, 1, 10; 5, 5, 6; con frecuencia simplemente τὸ ἐπέχειν: *Enn.*, 1, 2, 9; 6, 8, 12.

(4) Cf. Zeller, *Philosophie der Griechen*, III, 2 (2), 551 y sig. (2 (3), 613 y sig.).

fundidad. El hombre, ó, para decirlo con mayor precisión, el amado *yo*, es para ella punto de partida, punto de llegada y medida de todos sus esfuerzos. Pretende y debe hallar por sí solo la verdad más elevada. No, esto sería poco, quiere producirla, y llegar á ese resultado, no mediante penosas investigaciones, cuidado que deja á los entendimientos minúsculos, menos todavía juntándose á una verdad exterior á él, independiente de él, sólida, inmutable,—no quiere oír hablar de eso—sino sumergiéndose en Dios, ó, mejor dicho, en el llamado Ser universal, que domina á Dios mismo. Luego que haya penetrado en él y le haya dado albergue en su propio corazón, todo lo hallará en sí mismo. ⁽¹⁾

De esta suerte es como se acostumbra á un estado de alma artificial y arbitrariamente subjetivo, formándose un mundo á su manera.

Ese antiguo pensar pagano enseñaba ya lo que Schopenhauer enseña, á saber, que el hombre es creador, fuente, medida y dueño de la verdad como del ser.

Ese subjetivismo contamina y envenena cuanto la filosofía tendría aún de bueno en sí.

Seguramente siéntese cierto gozo viéndola de pronto hacer consistir su labor en la curación del alma, ⁽²⁾ en el bien moral, ⁽³⁾ en la salvación del alma. ⁽⁴⁾ Como ya lo hacen notar Eusebio ⁽⁵⁾ y Agustín, ⁽⁶⁾ se ve tal progreso, que se ve uno precisado á decir que aquí el paganismo prestó atención á una palabra que hasta entonces érale completamente extraña. Sin duda de ningún género, llególe de las esferas de la Revelación por medio de Filón. ⁽⁷⁾ Mas, desgraciadamente, tan sólo llególe la palabra. Tocante á los medios para obtener esa curación ó esa salvación del alma, dase únicamente uno. El sabio debe huir de este in-

(1) Plotin., *Enn.*, 4, 8, 1; 5, 5, 7.

(2) Epictet., *Fragm.* 17; *Diss.* 3, 23, 30; Marc. Aurel., 3, 10.

(3) Marc. Aurel., 3, 14.—(4) *Σωτηρία*: Euseb., *Præpar. Ev.*, 4, 7.

(5) Euseb., *Præpar.*, l. c.—(6) August., *Civ. Dei*, 10, 32.

(7) *Sacrif. Abel*, 37 (Mangey, I, 187; Richter, II, 261); *Provid.*, 2, 23 (Richter, VIII, 56), *Fragm.*, Mangey, II, 637; (Richter, VI, 189 y sig.), sec. Euseb., *Præpar. Ev.*, 8, 13 (Migne, *Patr. græc.*, 21, 660).

digno mundo, en otros términos, no cuidarse de él, sino replegarse exclusivamente sobre sí.

7. Desprecio individualista de la mística natural por el mundo.—Un subjetivismo individual tan desmesurado, naturalmente y necesariamente produce, como siempre y por do quiera sucede, el más completo individualismo práctico.

Quien haya adquirido el hábito de juzgarlo todo humanamente, es decir, según uno mismo, no experimenta dificultad alguna en referirlo todo á sí solo en la práctica. Para él las cosas y aun los hombres no tienen importancia, sino en cuanto le son útiles, ó pueden ser utilizados para lograr sus fines. No se le ocurre sacrificarse por los demás ó en favor del bien común.

Tal degeneración compréndese fácilmente en el espíritu rígido y orgulloso de la antigüedad. Dadas sus disposiciones anteriores, no podía resultar de otra manera.

Entre los estoicos, en quienes ese espíritu manifiéstase de la manera más clara, la confianza sin límites en el poder personal ilimitado del hombre camina paralelamente con el desprecio más grosero respecto del mundo real, sus exigencias mezquinas y sus penosos sacrificios.

Pero el mismo hecho nótase por donde quiera en el antiguo paganismo, principalmente entre los que se preciaban de elevarse sobre la humanidad, por la distinción y la nobleza de sus sentimientos.

De ahí el desprecio estúpido de cuanto el pueblo tiene como interesante y verdadero; en otros terminos, el escepticismo y la insensibilidad absoluta.

De ahí esa aparente indiferencia respecto de cuanto generalmente causa gozo y dolor á los hombres que forman lo común, esa ausencia de sentimientos de humanidad, ó, como dicen los estoicos, la filosofía de la *apatía* y de la *ataraxia*.

De ahí la indiferencia y el desprecio respecto de la vida pública. Si se trata, para esos *super homos*, de hacer ver ahí su superioridad, interésales aún en cierta medida. Mas desde que necesitan bajar de las alturas imaginarias en

donde viven, trabajar por su parte en el alivio de ajenas miserias, abandonarla y déjala ir á la deriva como cosa perdida.

Tal es la mística de la antigüedad por su lado práctico. El prosaico nombre de *egoísmo* convendría mejor.

Los primeros estoicos ostentabanla ya con ese desenfado brutal que Stirner y Nietzsche han renovado en nuestros días. Los que han llegado después, sobre todo Epicuro y Marco Aurelio, diéronle una expresión más bien elegiaca, que respondía á su carácter de espíritu búdico. Pero no cambiaron su idea fundamental. Dicen ellos igualmente: «Por nada te inquietes, deja que todo siga su marcha, que eso vaya bien ó mal. ⁽¹⁾ Deja que todo corra su suerte, la patria, el curso del mundo, amigos y parientes; ⁽²⁾ repliégate únicamente sobre ti mismo; no te dejes turbar por nada en tu tranquilidad interior, y cuida en ti lo que es divino». ⁽³⁾

Los neoplatónicos no hablan de otra suerte, excepto, no obstante, que revisten esa mística del egoísmo con palabras filosóficas más elevadas. ⁽⁴⁾

8. Su carácter puramente negativo.—Ante semejantes aberraciones, no puede uno menos de admirarse al ver cómo el mundo se atreve á echar en cara á la ascética y á la mística religiosas el privar al hombre del placer y de la fuerza de ser útil á los demás, y cómo, por el contrario, atrévese á recomendar una vida basada sobre el naturalismo y el humanismo, porque da más ventajosa formación.

No negamos que el sentido puramente terrestre del antiguo como del nuevo paganismo, haya dado al mundo numerosas ventajas materiales. Pero jamás concederemos que haya logrado tal resultado por haberse apoyado exclusivamente sobre el hombre, y que solamente se atuviese á él.

(1) Marc. Aurel., 1, 15; 3, 7, 12; 4, 10; 6, 10.

(2) Epictet., *Man.*, 1, 1; 11, 14, *Diss.*, 1, 15, 3; 3, 3, 5.

(3) Marc. Aurel., 4, 6, 5, 28; 9, 42; 10, 30; 12, 16; 4, 26; 5, 25; 7, 29; 9, 20; 11, 18; 12, 26.

(4) Plotin., *Enn.*, 1, 4, 14; 3, 2, 9.

Por el contrario, afirmamos que el secreto de su poder consiste en que el mundo no puede felizmente, realizar los principios que sin cesar lleva en la mente y en los labios, y que obra siempre sin darse cuenta, ó movido por la necesidad, según los desdeñados preceptos de una moral religiosa, ó, si se prefiere, de una moral trascendental.

La historia del asunto de que tratamos hace ver suficientemente lo que de ahí resulta, cuando se la deja por completo á un lado.

En toda la línea, en la vida privada, como en la pública, esa mística antireligiosa demuestra que es absolutamente negativa y pasiva. Si Schopenhauer, uno de sus más lógicos defensores, afirma que el rasgo característico del sabio y del genio es la inutilidad, tiene razón desde su punto de vista, es decir, en cuanto á suponer que un pensador consiga realizar por completo la tendencia por él indicada.

Los mismos antiguos no lo han logrado. El caso dióse muy rara vez, y únicamente en algunos individuos tipos de excepcional valor. Únicamente, crecido número entre ellos, han llevado muy allá ese aislamiento del mundo, viviendo en su seno.

Erwin Rhode dice con razón, tratando de la filosofía platónica, de aquella que presenció la ruina de la antigüedad, que todos sus esfuerzos resolviéronse en una huida vana del mundo, pero que jamás había pensado en ejercer una acción creatriz y reformadora en la humanidad. ⁽¹⁾

Esto aplícase todavía más al estoicismo, aun al más antiguo. En cuanto al que vivió bajo el imperio romano, todo el mundo sabe que se perdió en meras contradicciones con el mundo.

¿Qué podía hacer, en efecto, con el mundo real y la vida real, una filosofía que parte del principio de que el hombre bástase á sí mismo, que hace consistir toda la labor de este último en el logro de la sabiduría, es decir, se-

(1) Rhode, *Psyche*, 689.

gún ella, en el saber y en el hablar más insípidos y racionalistas, una filosofía que conserva algunos restos de una moral materialista, únicamente porque no puede prescindir de ella para su íntima satisfacción?

Naturalmente, semejante desprecio de la realidad, vengase con no cuidarse ésta en nada de esa filosofía nebulosa y arbitraria. Pues bien, sirviéndonos de una frase popular, bien hecho está eso para mandar el agua al molino del subjetivismo. A medida que el abismo por éste abierto se ahonda, convéncese mejor de que no se acomoda á los hombres tales como en la realidad son. Como es natural, no se le ocurre buscar la falta en sí mismo. Entonces tórnase más fuerte su cólera, acentúase su desprecio del mundo, finalmente, ni siquiera se digna dirigir una mirada á este último, y creeríase deshonrado si con él mantuviere aún algunas relaciones.

De esta suerte explícanse fácilmente todas las aberraciones á las cuales dió margen tal grosería. El estoicismo favoreció su desarrollo con una predilección enteramente especial, y, merced á él, propagáronse un poco por todas partes.

Ese desprecio y esa condenación del mundo que nada bueno encuentran entre los hombres y en las instituciones humanas, el pesimismo, como ahora decimos, fue siempre una de las enfermedades intelectuales más contagiosas. Hasta tal punto, que si se pretende explicar psicológicamente los grandes acontecimientos de la historia, cabe preguntarse formalmente si no debe atribuírse su origen, ó á lo menos la expansión del dualismo, á esa enfermedad moral, más bien que á errores dogmáticos. Pues bien, en la antigüedad, apenas se registra escuela en donde haya dominado más que entre los estoicos. Trasladado al dominio del pensamiento, el pesimismo no es más que el escepticismo. Aplicado á la marcha de los grandes acontecimientos del mundo, tórnase fatalismo. Cuando se refiere á la conducta interior, no es ni más ni menos que la *apatía*, esa doctrina de que tan orgulloso estaba el Pórti-

co, ó, como decimos en nuestro moderno lenguaje, el quietismo.

Así es como toda esta tendencia, que ha comenzado por exaltar á la naturaleza y al hombre de tan exagerada manera, termina lógicamente en el abandono completo, y aun en la negación del mundo, de la naturaleza y del hombre. Hiere con el ostracismo cuanto es ordinariamente considerado como verdadero y bueno. En una palabra, hiere con muerte moral el único principio que quería admitir, que el hombre bástase á sí mismo, es decir que posee en su propia naturaleza suficiente conocimiento de lo verdadero y de lo justo, suficiente energía para perfeccionarse, sin socorro sobrenatural, y hacer del mundo que le está asignado como lugar de su actividad, una mansión dichosa.

9. La naturaleza es base, pero también peligro para la mística.—Todo esto no daña al principio que hemos asentado en el comienzo, y cuya importancia no podemos hacer resaltar bastante, que la inclinación á la mística y la sed de perfección son naturales al hombre. Es, por el contrario, una prueba de que, en tal terreno,—como en parte alguna,—no se basta el hombre á sí mismo, y que aquí su naturaleza exhórtale á la previsión, á la vez que le mueve á elevarse siempre más.

Aun cuando perseguimos los fines más sublimes que la Revelación nos indica, no podemos, sin embargo, decir nunca que nos dejamos llevar hacia las cosas respecto de las cuales no hallamos en nosotros, ó bien cierto impulso natural, ó por lo menos un punto de adhesión. He ahí lo cierto y lo que eternamente será verdad.

Es, pues, imposible acusar á la fe cristiana y á la vida cristiana de que se hallan en contradicción con la naturaleza humana, aun en sus exigencias más elevadas.

Mas esto contiene igualmente seria exhortación para los que somos cristianos. Aun cuando aspiramos á los más altos fines de la perfección humana, debemos permanecer siempre de acuerdo con las exigencias de la razón, y sobre

el firme terreno de la naturaleza humana. Jamás nos será dado despojarnos por entero de la debilidad de nuestra naturaleza, como intentaban persuadirse de ello tantas falsas tendencias místicas, que creían poder elevar el espíritu más allá de los límites de la debilidad del pensamiento humano, y al cuerpo sobre las necesidades de la vida ordinaria. Siempre y por donde quiera nos vemos sometidos á las leyes generales y comunes de la naturaleza, aun en nuestro vuelo hacia las cosas más elevadas. Una especulación mística que no puede conciliarse con las leyes generales de la lógica, un ascetismo que torna al hombre grosero y extravagante, una piedad que lleva al descuido de los deberes naturales, hállanse *a priori* marcados con el sello de la reprobación.

Vamos nosotros todavía más allá, y sin temor afirmamos que nuestra misma naturaleza se adelanta á las más difíciles exigencias de la ascética y de la mística sobrenaturales. Es cobarde y corrompida; muéstrase en ocasiones recalcitrante respecto de ciertos dogmas de fe y de ciertas exigencias de la santificación; mas no hay razón en eso para que nos formemos ideas equivocadas tocante á ese asunto. Acontece aquí como con los elementos revoltosos y malos que se hallan en un pueblo. No hay duda de que forman un ruido mayor, y de que se agitan con mayor violencia que los buenos, pero en definitiva son, no obstante, los últimos quienes suman la mayoría. De igual suerte en nuestra naturaleza, dase siempre una inclinación buena, sobrado débil quizá para triunfar de los movimientos de la parte corrompida, más á pesar de eso, lo bastante noble para sentirse satisfecha y agradecida de que se haga violencia á estos últimos, y que de esa suerte se la liberte.

Pero no exageremos la corrupción de nuestra naturaleza, ni su fuerza nativa. Si ya somos débiles, á causa de la constitución más íntima de nuestro ser, resultámoslo todavía más á causa de la caída de la humanidad, sin hacer mérito de nuestras faltas personales y de sus consecuencias. Quien se niegue á tener en cuenta esos dos hechos,

necesariamente habrá de extraviarse, y sus errores serán tanto más considerables cuanto que más alto se eleve. Acabamos de ver las pruebas de ello.

Luego, porque un principio no se hace inmediatamente claro á una inteligencia racionalista; porque á nuestra manera de sentir y á nuestro gusto, al sentimiento de una época particular y al gusto de alguna Abdera aislada, una disposición de Dios que leemos en la Escritura, un principio ó una manera de obrar de los Santos, parecen un tanto extraños; porque nuestra molicie y nuestra cobardía se rebelen contra una orden ó un consejo del Espíritu Santo, no de ahí se sigue que tengamos derecho para juzgarlos á nuestro modo, ó para no cuidarnos de ello. Tal vez ahí se halla una prueba más en favor de la verdad de lo que combatimos. De cualquiera manera, muchos hay que hallarán en nuestra repulsión por los fines más elevados de la humanidad, evidente confirmación de que no nos hallamos en tan buenos términos con nosotros mismos como pretendemos decirlo. Y les daremos prontamente razón, cuando hayamos vencido nuestra resistencia, y nos hayamos familiarizado con el yugo de la verdad, de la justicia, de la caridad y de la pureza del corazón.

En una palabra, para decirlo en dos, del propio modo que la naturaleza es base de toda bondad y de toda nobleza humana, de igual suerte sobre ella brota la flor de esta bondad y de esta nobleza, es decir la mística. Pero no es ni su medida única ó solamente infalible y suficiente, ni su límite.

10. La historia de la mística natural demuestra que necesita de un auxilio sobrenatural.—Cuanto más consideramos la historia de los esfuerzos de lo que puede llamarse la mística natural,—bien que con frecuencia mejor fuera decir la mística contra natura,—en oposición á la mística sobrenatural, más lograremos la convicción de que si alguna actividad moral no prospera sin hallarse unida estrechamente con la religión, y que si la moral natural en ninguna parte se mantiene intacta allí en donde